

LA VENUS DE MILO

El hombre moreno penetró en la gran casa vacía. El sol que entraba por las cristaleras del edificio bañaba de una luminosa melancolía el espacio rectangular de paredes blancas. En el centro de la gran sala que era la casa, se hallaba suspendida en el aire una Venus de mármol blanco, partida por la cintura en dos mitades. El hombre se acercó hacia La Venus, atraído por el resplandor de su belleza, y se paró a contemplarla. Permaneció largo tiempo observándola hasta que la noche comió la débil luz de la tarde. En el marco de esa recién llegada oscuridad, el hombre se abrazó con un primario y brutal instinto a las piernas y el sexo de la estatua, arrastrando con la fuerza de su peso la parte inferior de ésta hacia el suelo de la casa vacía. Fue entonces cuando una sufriente rosa roja brotó del corazón de mármol de la Venus, reventándolo, y sus ojos se convirtieron en dos fuentes de lágrimas saladas. Las lágrimas empezaron a rodar y empapar su cuerpo, sumergiéndolo en un baño de gracia. Los ojos se convirtieron en cascadas embravecidas que inundaban de una espesa agua la enorme y vacía sala que era su casa. El agua trepaba por las desoladas y blancas paredes, llenándolas de sentimientos destructivos. El agua seguía y seguía ascendiendo, y la Venus y el hombre, que permanecía agarrado a su sexo, estaban a punto de morir ahogados. Pero la Venus, que no tenía brazos, ante el inminente peligro, comenzó con la fuerza de sus primeros sentimientos a convertir el frío mármol de su cuerpo en la carne y la piel de

una mujer. La rosa roja tiñó con su sangre la frialdad del mármol, dando paso a un palpitante cuerpo. Fue entonces cuando La Venus comenzó a ensamblar sus dos mitades. Al producirse la total fusión de su bello y ahora humano cuerpo, comenzó a tejer con su naciente dinamismo unos brazos que terminaban en unas manos fuertes y generosas. Mientras la luz de un nuevo día inundaba la casa, La Venus con sus estrenadas manos atrajo al hombre lentamente hacia la altura de su cabeza. La Venus y el hombre por fin se unieron, atados con los hilos resplandecientes de sus limpias miradas, mientras los rayos de sol tardarían en evaporar el agua peligrosa en el tiempo que se van dos vidas.